

Quizás Dios te está llamando, no temas, conocé

La vida de un misionero

Meditá en este testimonio de mi esposo, el misionero Norberto Clarke.

Vuelvo la vista a mi vida

Estoy viviendo a escasos doscientos cincuenta metros de la costa del Océano Pacífico. Cada día puedo ver el sol ocultarse tras las aguas, como si de verdad se sumergiera dentro de ella; y se apagara poco a poco. Los paisajes del crepúsculo cambian día a día, momento a momento, los reflejos y matices tan variados, casi a cada parpadeo; y en el fondo del cielo el azul celeste cristalino, como una muestra visible de la pureza e invariabilidad Divina. Con suma facilidad puedo alabar al creador y decir ¡Cuán grande es nuestro Dios! Vuelvo la vista a mi propia vida y allí también puede contemplar su obra.

Busco en mi interior motivos para una queja... ¡no los encuentro; soy verdaderamente feliz, la paz, algo raro para muchas personas es maravillosa realidad en mi vida! Las circunstancias no siempre son favorables, sin embargo esa paz es un regalo divino por una actitud deliberada de entrega incondicional a Dios.

Como para todo siervo del Señor, el trabajo es interminable. Las necesidades de las personas a quienes debemos servir son de tan variada índole que sería complicado enumerarlas. La oración, la preparación para la predicación, los cursos bíblicos que se dictan a otras personas, unido a la visitación, a la planificación para el entendimiento del trabajo que no tiene límites, es seductor, cautivante alentador. No se me ocurre contar las horas de trabajo, más bien debo cuidar ser un buen mayordomo de mi cuerpo, descansando lo necesario.

El trabajo para el Señor no es una carga, es un privilegio de valor incalculable. Siento que mi vida no puede ser realizada de otra manera, es imposible aspirar a algo mayor porque no existe, intentar aunque sea con el pensamiento encontrar otra vocación fuera de esta, es minimizar nuestra labor como personas, perder el vislumbre de lo eterno y entrar en el despropósito divino. No hay mayor plenitud, ni vocación más íntegra, cabal y suficiente en todos los sentidos, que servir a Dios de todo corazón, y con todas las fuerzas que él nos da.

Mejor es dar que recibir

Pero ¿Qué ha sucedido para que hoy pueda hablar con esta seguridad? No ha sido siempre así mi experiencia. Hubo en mi vida muchas metas y aspiraciones erróneas. Como la mayoría de las personas tenía las mías, pero sin Dios. Decía creer y confiar en Dios pero perseguía mis propios fines, las metas que me había propuesto pudieran considerarse como loables, sin embargo faltaba la visión suprema para cambiar en mi interior la tabla de valores que regía mi vida.

Trabajaba en la Dirección General Impositiva y persiguiendo algunas de esas aspiraciones llegué al chaco argentino en busca de ascenso en mi carrera. La inquietud espiritual que el Señor ya había puesto me hizo visitar la obra misionera entre los indígenas de aquel lugar, visita que comenzaría una nueva etapa en mi vida.

El primer domingo entre ellos, sigue siendo inolvidable. Los caminos polvorientos. La expectativa del encuentro. La capilla humilde y solitaria en el campo. Los rostros reflejando una cierta dureza, marcados por los sinsabores, desprecios y sufrimientos de una raza marginada por el egoísmo y prejuicio social. Todo comenzó una obra silenciosa en mi interior. Contrastaba notablemente el frío legalismo tributario de mi trabajo con el calor de personas humildes y sencillas. Sus cantos y oraciones tocaron lo profundo de mi ser y por la gracia de Dios recibí un impacto que me permitió ver mi propia indignidad y el rumbo equivocado que llevaba.

Hoy, después de casi 15 años, considero que en esa oportunidad maravillosa, Dios quebró la bola de cristal de los sueños humanos para obtener felicidad, y me mostró un camino paradójico: "Más bienaventurado es dar que recibir". Allí estaba el secreto. Como un niño que recién comienza a caminar fui aprendiendo a servir a Dios. Los trabajos más simples se fueron transformando poco a poco en otros de mayor responsabilidad. Cada uno de ellos presentaba un nuevo desafío, un esfuerzo distinto, una preparación adecuada. Después de un nuevo servicio experimentaba un nuevo gozo, una plenitud antes desconocida. Es real... dando se recibe la felicidad que anhela lo profundo de nuestro ser.

Así, durante casi siete años viví manteniendo el trabajo secular que distaba 130 kilómetros del campo misionero, para regresar

el fin de semana y hacer lo que daba sentido a mi vida, lo que me hacía alcanzar felicidad... ¡servir al Señor!

Alguien me dijo que durante ese período de tiempo, a razón de 260 Kms por semana, había recorrido con mi automóvil, varias veces el diámetro de la tierra. Lo había hecho con dinero propio y también estaba dedicando prácticamente todo lo que disponía, con una excepción: mi trabajo secular. Mi entrega no era total. Mi conciencia no soportaba un mensaje de consagración con toda la vida. Todavía una buena parte no estaba totalmente rendida a Dios.

Necesariamente debía trabajar para sustentarme y no faltaban voces interiores que de distintas maneras me decían "ya dedicas demasiado a la obra misionera, ¿qué más puedes hacer?". Me estaba acostumbrando a esas voces cuando el obrero encargado de la obra misionera salió del lugar para atender otro llamado del Señor.

De pronto, aunque se suponía en forma provisoria, las tres iglesias con sus programas semanales y toda la acción social que se desplegaba con los aborígenes, humanamente hablando, quedaron a mi cargo. Durante los días hábiles atendía el trabajo secular y a fin de semana, después del acostumbrado viaje, trataba de solucionar los problemas más urgentes y atender todo lo referente a la enseñanza y predicación del evangelio. Al cabo de poco tiempo me di cuenta que esto sería una situación insostenible, a la vez que los mismos aborígenes no serían atendidos en la medida que estaban acostumbrados.

Mi oración por el misionero que debía ocupar el lugar vacante se hacía más incesante. Pasaron algunos meses y este hecho no se producía. Recurrí a todas las licencias y permisos que podía obtener en la Dirección General Impositiva. Los domingos llegaba a altas horas de la noche, totalmente extenuado para comenzar el trabajo el día lunes.

Aquí estaba sentado nuevamente en mi escritorio de "publicano" moviendo papeles, controlando balances, tratando de encontrar los engaños del mundo comercial, frío, especulativo, monótono. Allí... la Obra del Señor, nuestros hermanos en la fe y otros que no lo eran, con sus tremendas necesidades materiales y espirituales. El recuerdo de tantos niños, con sus ojos centellantes ante el asombro aún de las pequeñas cosas que aprendían... sus cantos... su alegría... su futuro. La tarea realizada insuficiente e inconclusa golpeaba mi mente. Aquí estaba sentado en el trabajo que ahora perdía relevancia frente a la tarea para el Señor. Aquí comenzaba a sentir que todo era vano y superficial. Allí, vibraba mi alma y reverdecía mi vida. Acostumbrado a revisar las declaraciones juradas de impuestos para encontrar, en medio de los subterfugios y engaños comerciales, la verdadera realidad económica, ahora, sin querer, estaba haciendo un balance de mi propia vida. No debía engañarme a mi mismo. Debía enfrentar la verdad y actuar de acuerdo a ella o sucumbiría en el intento cristiano.

El que pierda su vida por causa del evangelio, la salvará

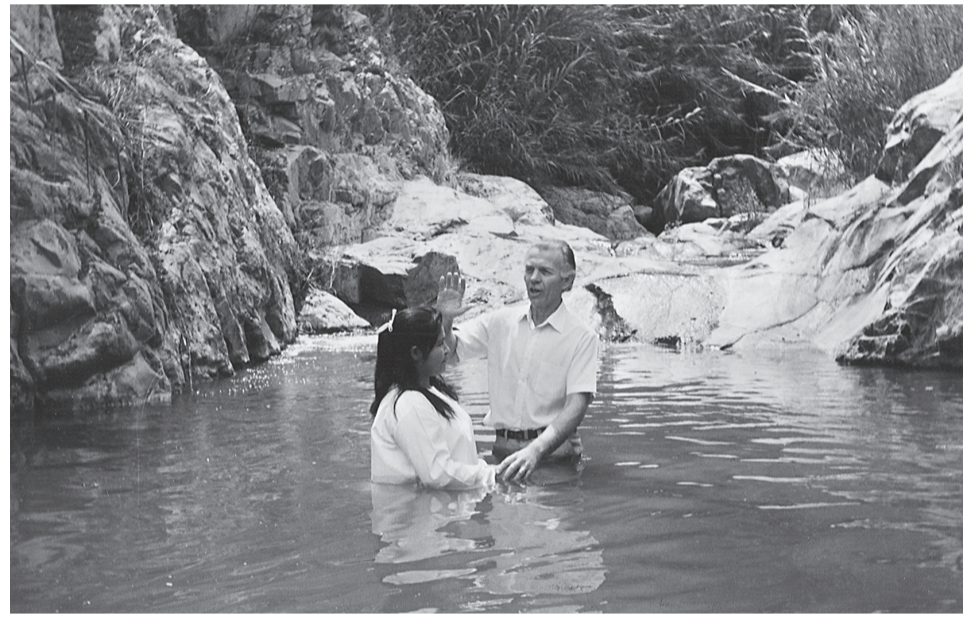
Las palabras de Jesucristo tomaron un significado inusitado frente a mi circunstancia: "Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mi y del evangelio, la salvará"

¿No pretendía "salvar la vida" quedándome en mi trabajo, con sus beneficios, seguridad y comodidad? Así era, me estaba cuidando a mi mismo, con un sentido de provisión tan elevado que programaba toda mi existencia terrenal.

¿No era acaso "perder la vida" dejar todo esto y entregar todo lo que era por causa de Jesús y del evangelio? Claro que sí, "el que pierde su vida por causa de mi y del evangelio, la salvará" Nunca an-

tes lo había visto con tanta claridad. Realizar la verdad sin ambages, humanamente hablando, era costosa, pero divinamente maravillosa; y fructífera. Perder "la vida" para salvar "la vida". El camino era claro, mi oración específica comenzó a cambiar. "Señor... ¿Soy yo el misionero que la obra espera? La pregunta que meses atrás hubiera tomado con escepticismo, hoy comenzaba a ser el pensamiento dominante de mi vida. Mi oración giraba en torno a este llamado. Esta época de análisis me hacía evaluar cada circunstancia a la luz de este nuevo desafío. No era una decisión que tomaría a la ligera. Debía estar seguro que venía de Dios. Oraba intensamente esperando recibir alguna manifestación especial. No recibí nada especial. Solo veía que las circunstancias de cada día me acercaban más y más a tomar una decisión afirmativa. No obstante puse una fecha en oración a Dios. Si hasta allí no había novedades con respecto a un nuevo obrero, tomaría la decisión de abandonar mi trabajo secular y hacerme cargo de la obra a tiempo completo, si la Junta de Misiones aceptaba mi ofrecimiento.

Pasaron los meses y cumplida la fecha, presenté la renuncia. Tal vez el sueño de mis compañeros de labores era "independizarse", dejar de trabajar como empleados, pero nunca a costa de retroceder en sus ingresos de dinero. Por eso cuando se enteraron que mi decisión me llevaría a tener un sueldo nueve veces menor de lo que ganaba, creían que había enloquecido. Por mi parte, sabía que debía



Mateo 28: 16-20 - Marcos 16: 14-17

dejar el departamento que alquilaba en la ciudad, para ir a vivir a un cuarto que sería luego dormitorio, escritorio, comedor y depósito a la vez. Sabía que no podría tener más mi propio automóvil, ni la libertad económica que gozaba.

Después de la decisión, Dios se manifestó de dos maneras por demás significativas: primero sentí una profunda paz interior. Ser de Dios y servir a Dios pasaron a ser las prioridades en mi escala de valores. Todo otro pensamiento o ambición perdieron valor frente a la grandeza de la entrega. Segundo, en los treinta días que todavía tuve que trabajar para cumplimentar disposiciones laborales, resultaron interminables, para mí había perdido toda aplicación y el entusiasmo de antaño.

Después de algún tiempo me enteré que el mismo día que había renunciado, se firmaba en dependencias superiores un ascenso importante en mi carrera. A los ojos de los hombres había fracasado, había perdido una fuente de comodidad y bienestar, había arruinado mi porvenir. Yo sé que a los ojos de Dios no era así. Ningún ascenso, ni ninguna riqueza terrenal podían darme la felicidad total. La felicidad la hallé en la entrega incondicional a Dios.

Tal vez el vacío interior, la duda o el hastío está llegando a tu vida, es imposible que ésta exista en una persona donde Dios es primero. Escuchar las voces contemporáneas e interesadas de los hombres siempre nos llevará a un callejón sin salida. Ser sincero consigo mismo y escuchar la voz de Dios, es el gran cambio que dará la plenitud que tu corazón reclama. Dios está llamando aún ¿Lo resistirás? El solo procura tu propio bien. Esa es mi experiencia.

Alba Leticia Montes de Oca
Para Reflexión Bautista